

Martin AURELL, *Des Chrétiens contre les croisades (XI^e-XIII^e siècle)*

Fayard, París 2013, 407 pp.

Las «cruzadas» han sido, y continúan siendo, un tema estrella en la historiografía y la divulgación histórica. Entre el desprecio de la Ilustración y la sublimación del romanticismo, la historia de estas peregrinaciones armadas ha suscitado todo tipo de reacciones ante lo que puede considerarse uno de los fenómenos más controvertidos y singulares del Occidente europeo. Sin embargo, pocas veces aparecen trabajos que cuestionan paradigmas demasiado asentados sobre el complejo diálogo del Islam y el Cristianismo o su basculación entre la paz y la violencia durante los siglos medievales.

Martin Aurell, profesor en la Universidad de Poitiers y excelente conocedor de las sociedades aristocráticas, plantea una tesis claramente expuesta en el título del libro: el movimiento cruzado no fue aceptado de manera unánime por los pensadores medievales; es más, se puede rastrear un corriente crítica –apoyada en los valores evangélicos– que despierta con las masacres de la primera cruzada y recorre la historia de los estados cruzados hasta su desaparición en 1291. Acaso no es un tema novedoso. Palmer A. Throop y Elisabeth Sibery recogieron algunas voces discordantes, pero nunca hasta ahora se había ofrecido una exposición diacrónica y sistemática de esta línea de pensamiento que fue menos marginal de lo que se había pensado. Entre sus protagonistas hallamos canónigos

y monjes renanos, clérigos ingleses próximos a Tomás Becket, misioneros franciscanos, trovadores provenzales, cronistas catalanes y gibelinos italianos que expusieron sus denuncias sin ningún tipo de cortapisa que les impusiera el silencio. El término «cristianos» que figura en el título evidencia el anclaje religioso de una reacción que, en diferentes tonos y con objetivos dispares, denunciaba la incompatibilidad entre la *charitas* cristiana y las efusiones de violencia que se desencadenaban en el contexto cruzadista.

La investigación de Aurell revela una paulatina toma de conciencia entre algunos intelectuales sobre la violencia ejercida contra los paganos o cristianos herejes, aportando un interesante contrapunto a los estudios de Jean Flori. El autor no ofrece una reinterpretación del movimiento cruzado, sino una puntualización sobre las voces críticas que denunciaron determinadas actuaciones en esta paradójica empresa bendecida por unos móviles que no pocas veces acababan desencadenando comportamientos contrarios al Evangelio. A las denuncias de Albert, canónigo de Aix-la-Chapelle contra los bautismos forzados durante la primera cruzada, se sumarán los teólogos de la paz, como Pietro Damiano (1007-1072) y los clérigos imperiales que rechazaban el uso de las armas durante la querrela de las Investiduras, o las prevenciones del canonista Yvo

de Chartres († 1116) hacia aquella expedición armada que obstaculizaba los deberes conyugales si separaba a los esposos y no se tenía en cuenta el parecer de la mujer (p. 41).

La convocatoria de los papas gregorianos para recuperar los lugares santos no encontró, de hecho, demasiada acogida entre los monjes benedictinos y tuvo que esperar a San Bernardo y sus cistercienses para contar con fervientes predicadores. Los canonistas, por su parte, fijaban unos límites muy concretos a la «guerra justa», rechazando la noción de «guerra santa» que resultaba contradictoria en sus términos (p. 51). Aurell pondera el examen de conciencia colectivo que suscitó el fracaso de las cruzadas posteriores, las contradicciones de la generación del siglo XII que encuentra en San Bernardo y las órdenes militares su expresión paradigmática. Se trata de un momento ambiguo que da paso a esa simbiosis entre cruzada y misión defendida por Bejamin Z. Kedar, en un momento en que la conquista de Oriente se veía necesaria para que los misioneros pudieran ejercer libremente su ministerio. Sin embargo, las mentalidades cambiaron a lo largo de siglo y medio de coexistencia, suscitándose un creciente interés por el «otro» musulmán que llevó al desencantamiento de la acción militar y una mayor preocupación por la conversión del infiel, especialmente entre los mendicantes.

El saqueo de Constantinopla (1204), la cruzada albigense (1209-1213) y la pérdida de los últimos enclaves cristianos en Tierra Santa, suscitaron un torrente de discursos sobre la legitimidad de la violencia que llegará hasta la célebre disputa Sepúlveda-Las Casas en la Valladolid de 1550. Sus ecos todavía no se han apagado. La jornada de petición de perdón protagonizada por Juan Pablo II en el año santo del 2000, retoma un lamento antiguo por «las formas de intolerancia e incluso de violencia en servicio de la verdad», que ha sido recogido por la Comisión Teológica Internacional en su reciente documento *Dios Trinidad, unidad de los hombres. El monoteísmo cristiano contra la violencia* (2009-2014). La Historia de la Iglesia y de la civilización occidental deberá tomar buena nota de ello a la hora de reflexionar sobre un pasado, el medieval, que «no conoció el pensamiento único ni el comportamiento homogéneo» (p. 352). La obra de Aurell, con su poderosa erudición, no sólo lo demuestra sino que invita a proyectar esta reflexión al contexto ibérico, tantas veces reducido al utópico encuentro de culturas o al estereotipo de una «sociedad organizada para la guerra».

Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA
Universidad de Navarra

Joëlle DUCOS – Patrick HENRIET (dirs.), *Passages. Déplacements des hommes, circulation des textes et identités dans l'Occident médiéval.*

Actes du colloque de Bordeaux (2-3 février 2007)

Méridiennes, Toulouse 2013, 250 pp.

El libro que presentamos a continuación reúne las actas del coloquio realizado en Burdeos el 2 y 3 de febrero de 2007 bajo la dirección de Joëlle Ducos y Patrick Henriët. A partir de la idea de modernidad que encierra el concepto filosófico de los *pasajes* de Walter Benjamin, las aportaciones del coloquio abordan

la cuestión del desplazamiento de los hombres, la circulación de textos y su papel en la construcción de identidades en el Occidente medieval. El libro tiene un carácter interdisciplinar, se estructura en tres partes e incluye un breve prefacio de P. Henriët y un epílogo de J. Ducos.